

EDITORIAL

"No el día en que el sajón dijo sus palabras, sino aquel en que un enemigo las perpetuó, marca una fecha histórica. Una fecha profética de algo que aún está en el futuro: el olvido de sangres y de naciones, la solidaridad del género humano".

JORGE LUIS BORGES, *EL PUDOR DE LA HISTORIA*.

La copiosísima información vertida en toda clase de medios masivos de información acerca del fenómeno del cambio climático nos dispensa de emborronar nuevas cuartillas que habrían de llover sobre mojado respecto a la incidencia antrópica en las dramáticas transformaciones que el calentamiento global le causa al planeta.

En la pasada editorial enfatizábamos que 2.500 expertos del Panel Intergubernamental sobre el Cambio Climático —IPCC— de 130 países, insistían en la responsabilidad humana respecto al calentamiento de la Tierra. Dos meses después, ese grupo de científicos ratificaba —contra todo tipo de métodos empleados para disuadirlos—, lo que todos ya presentíamos: nuestro modelo tecnoindustrial no es ni sostenible, ni sustentable, ni sensato, y sólo beneficia a un puñado de especuladores tan astutos como indolentes, tan habituados ya a las leyes del mercado que parecieran ignorar los férreos designios que gobiernan la inimaginable vastedad del Universo.

Como del calentamiento global, igual podemos afirmar de la ingente documentación producida en nuestro medio respecto a la precaria calidad del aire respirado en el valle de Aburrá, que posiciona a nuestra tacita de plata como la cuarta ciudad más contaminada del planeta, según estadísticas del Banco Mundial, citadas en un severo editorial ("*Nos está matando el aire que respiramos*", El Colombiano, oct 15, 2007), a propósito de la firma del *Pacto por el Mejoramiento de la Calidad del Aire*, liderado por el Área Metropolitana del Valle de Aburrá. La gravedad del asunto y las acciones efectuadas o deseables para su mitigación se encuentran expuestas de diversas formas en varios artículos de esta entrega.

También se debate en este número la eficacia, sostenibilidad y aún la moralidad en el uso de tecnologías alternativas tales como la modificación genética de organismos vivos o la producción de biocombustibles, que nos permitan proseguir la aventura de la especie humana por los mismos jardines de la Gaia de Homero.

A las puertas del *anthropoceno*, el nuevo período que sucede al *holoceno*, contamos hoy, en Antioquia, con una tierra mucho más prolífica que la del aedo griego en términos de sustentabilidad. La conservación de la flora nativa es un imperativo de nuestra región para acceder a un lugar prioritario en

los espacios deliberativos político-ambientales del actual escenario globalizado.

"*El mundo es feo / y la gente está triste*", reza uno de los más desoladores dísticos de la poesía contemporánea. En este número parecen constatarlo dos de los textos más reveladores de la crisis espiritual que abruma a nuestra civilización: el "Mensaje..." de Jenny James y el *Informe Geo4* (4º informe del *Global Environment Outlook*); último producto de la División de Evaluación y Alerta Temprana del Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente, que agrupa el trabajo de 390 expertos de todo el mundo durante el último lustro.

Ambos concluyen su argumentación de manera lapidaria. James: "*Ya llegó el día en que regresar a una vida más sencilla y primitiva es el único camino del progreso*". Geo4: "*Si se pretende alcanzar un progreso rápido, es crucial la implantación de cambios fundamentales en las estructuras sociales*

y económicas, incluyendo cambios en los estilos de vida [...]

La sexta gran extinción está teniendo lugar, esta vez provocada, no por desastres naturales, sino por el crecimiento de las poblaciones humanas y por los patrones de consumo".

Como lo había advertido ya Arnold Gore en su contundente libro "La Tierra en juego". Cabría esperar que los recientes reconocimientos obtenidos por este político visionario para la causa ambientalista (Nobel de la Paz, compartido *ex aequo* con el IPCC; y el sorprendente Óscar de la Academia de Hollywood —siempre tan reacia a siquiera considerar un filme que se aparte de su línea *light*—, conferido a su conferencia documental "Una Verdad Incómoda", le permitan permear la coraza de una opinión pública aturdida por la sobreoferta neocapitalista de confortables bagatelas; para que un discurso lúcido, forjado a lo largo de cuarenta años de intensa investigación, trascienda por fin el lamentable ostracismo que le ha ofrecido por respuesta el oscurantismo neoliberal durante igual lapso de tiempo, convirtiéndolo en una especie de Jeremías bíblico.

Aunque G. W. Bush, en alguna de sus declaraciones taumatúrgicas dio a entender que jamás verá la película; prueba concluyente de que no es para todos los públicos, por obvias razones.

Nuestra ruta es visualizar por fin a Latinoamérica, despojados, como pedía Martí del "chaquetón de Norteamérica y la montera de España", para acometer nuestras propias tareas.

Habitamos los últimos linderos de lo que algún día Bartolomé de Las Casas calificó de paraíso.

Su conservación es el Objetivo Superior. La tarea inmediata es comprenderlo; la siguiente comenzar.

Preguntémonos ¿Qué papel juega nuestra América en un proyecto ambiental planetario?

Venus, Marte y nuestra Luna nos rodean. En incontables noches nos han manifestado con palabras de espejo inerte su proximidad y lejanía.

Habitamos un sistema solar predicho en su devenir por sabios mayas, quienes, hace siglos, quizá ya milenios, nos han conminado a ignorar los conflictos que nos devoran, para atender nuestra misión genuina: conservar la Vida en el planeta.

Nos instan a ser pioneros de una generación consciente de la frágil grandeza que les fue dado proteger; a garantizar la preeminencia de una población vital y armoniosa. De una generación ocupada en ennoblecir la aventura de la civilización humana entre la evolución de los ecosistemas.

De una generación compelida por la obra de Jacques Monod a escuchar los ruidos antediluviales de la Naturaleza, capaz también, como Khali, la diosa hindú, de crear tierna belleza y cruel exterminio; de alimentar, al unísono, lozanía y decadencia entre biomas y naciones.

De proseguir exhausta, pero *"despiadada y ruda"* (Lovelock, 1988) sin nosotros; sin nuestros hatos ganaderos, nuestros automóviles y motosierras, hacia una segura muerte irremediable, en el gélido lecho que le augura su segunda ley termodinámica.

Insistamos. Ante una crisis ambiental de orden mundial que establezca un nuevo arreglo estratégico y configure una nueva Humanidad, ¿Cuál es el papel de Latinoamérica? Y la biodiversidad de Colombia, ¿qué papel juega en la geopolítica?

Respondamos preservando los proyectos vitales que ya iniciamos con la salvaguarda del Chocó y de la Amazonia, del mínimo relictos de selva sobreviviente a la hecatombe biótica provocada por la gesta civilizatoria autojustificada en la necesidad de expandir sin medida su hedonismo de Narciso.

El futuro de la Tierra depende enteramente de la solución a la contradicción entre acumulación capitalista y naturaleza. De nosotros depende que su trazado sea definido por el amor o la guerra. De nuestra gobernanza, la sociedad y la vida; la perpetuación de lo humano y la realización cósmica del proyecto sin guión de la biota.

Latinoamérica, exultante raíz, mestiza y compleja, india y negra; urdimbre y fibra decisiva, acuosa y seca, sobrecogedora, apabullante, montuna y llanera; selvática y árida; desolación ancestral y esperanza sonriente, consuelo y drama; todo a una, exige repensarse.

"Quizás sea necesario privarnos de la riqueza y el poder para asegurarnos de obtener la riqueza y la felicidad", razonaba el legendario Epicteto hace veinte siglos.

Hoy, nos corresponde establecer las condiciones que fundamenten a las nuevas organizaciones políticas, económicas y espirituales:

Que prevalezcan las sociedades tendientes a la vida y afloren las conciencias en conexión con el sistema solar.

Que se redupliquen por doquier los grupos amantes de la libertad y la conciencia de unidad humana.

Que vivan prósperos y saludables los movimientos ambientales combatientes por la perpetuación de la Vida en la Tierra.

¡Salve!, hoy y siempre para las comunidades, familias, redes y agrupaciones libérrimas centradas enteramente en la solución de la crisis de la supervivencia humana y la conservación de la magnificencia de la vida en el planeta.

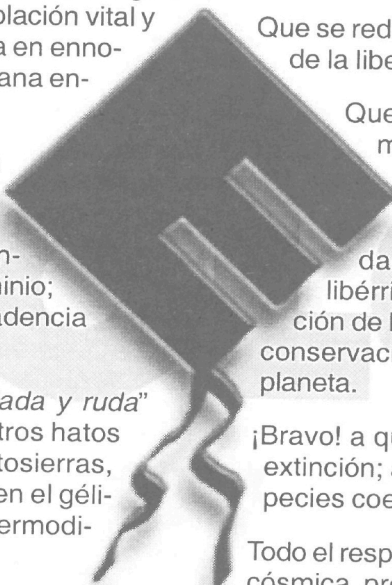
¡Bravo! a quienes auxilian las especies en vías de extinción; a los que entregan su vida para que especies coetáneas no se extingan.

Todo el respaldo para quienes se asumen como raza cósmica, proyección misteriosa, viva y amorosa; vigías de la huella del futuro desde hoy.

Vivan exultantes de dicha y alegría quienes reconcilian a la humanidad con la Vida y enarbolan como única bandera partidista la de la libertad y dignidad de nuestra única raza: la Humanidad.

Quienes trazan la ruta para hermanar riqueza y felicidad.

Édinson Muñoz Ciro – Omar Lopera López



En el mejor de sus poemas —concepto de Alberto Aguirre—, Gonzalo Arango afirmaba de su adorada Medellín: *“Había que enternecerse a martillazos”*. No parecen diferir mucho de esta situación las sociedades donde se determina el rumbo de nuestra civilización, asentada en tan sólo 1/343.600 (Asimov, 1985) de la masa total del diminuto sistema solar que nos alberga, cuyo tres por ciento de elementos pesados le hubiera bastado para generar otros diez mil planetas como el nuestro.

Cabría preguntarse ¿Por qué tanta mesura en medio de la exuberancia? ¿No entrañará una secreta lección de los astros? ¿Un velado mensaje suprahumano? Reservemos estos interrogantes para las escasas horas que destinamos a interpretar el sentido de nuestra existencia, con la cautela aconsejada por quien contempló hasta las heces el drama de la razón humana: imaginar preguntas para las que no concibe la menor posibilidad de respuesta; el bondadoso Kant.

A pesar de nuestras limitaciones, el laberinto conformado por las cien mil neuronas que nos palpitan bajo las sienas y la metáfora del corazón, nos obligan a perpetuar esas preguntas aporéticas, esos callejones sin salida.

Entre tanto, contamos con los frutos de la ciencia, la acción y la ensoñación humanas para iluminar las verdades que nos haya sido dado develar, con la exigua lumbre de nuestras certezas. Algunas de los cuales, gracias a la generosidad de nuestros denodados articulistas, ofrecemos en esta entrega de ÉOLO.

Dos temas correlativos motivan esta edición: el calentamiento global y la flora nativa de Antioquia en peligro de extinción. La razón que reúne tales problemáticas en un solo número (contrario a nuestra política de ediciones monográficas) es una suerte de consenso percibido entre la mayoría de nuestros colaboradores respecto a la contribución que desde nuestro territorio y con los recursos que contamos, podemos ofrecerle al mundo, expresado de manera categórica en la pauta de una de las más emblemáticas instituciones de la ciudad: *“En la flora está la clave”*, e igualmente refrendado en la carta que publicamos en esta entrega de ÉOLO, firmada por el alcalde entrante, doctor Alonso Salazar *“(…) nos comprometemos a sembrar y cuidar aproximadamente 140.000 árboles de especies que favorezcan la flora y fauna nativa”*.

Es conveniente ocuparse del futuro; siempre estaremos en él, escribió algún autor que escapa a la memoria. Conviene meditar con largueza esa sentencia. Al

respecto, Colin Clark, economista australiano, contempla en la biotecnología una enorme posibilidad de sostenibilidad sin agresiones al ambiente. En noviembre de 2001, *The Economics* le dedicó un número a desvirtuar la tesis de la creciente brecha entre ricos y pobres del planeta, fundamentada en el horizonte que le abren las últimas tecnologías a los países empobrecidos; opinión compartida por Scott Klososky, experto mundial en biotecnología y competitividad, quien prepara maletas para visitar nuestro país; para nuestro ilustre huésped la ventaja de la tecnología consiste en que sitúa a todos los países en el mismo plano.

Ramón Tamames (2003), conferencista asiduo en Harvard, Oxford o La Sorbona, enfatiza la inocuidad de los OGMs (transgénicos), los cuales, a su juicio han generado tanto alarmismo como en su momento lo hicieron los hornos microondas y la telefonía móvil para la salud humana.

¿Las mismas que afrontamos hoy con la alternativa energética de los biocombustibles? El artículo de Carlos Fonseca en la presente edición de ÉOLO amplía este interrogante hasta lo que más interesa: alternativas de solución integradas a sus factores concomitantes: la equidad social, la optimización de los recursos y la soberanía alimentaria; en un país que viene padeciendo alzas desmesuradas en los alimentos derivados de la caña (el precio del azúcar en Colombia aumentó en un 26% en sólo 2.006), desde que entraron en funcionamiento las procesadoras de alcohol carburante Mayagüez, Risaralda, Incauca, Manuelita y Providencia.

La presente edición se estructura en los habituales cuatro grupos metodológicos respecto a los dos temas presentados: fundamentación científica primero, en segundo lugar técnicas, corrientes y escuelas; la tercera sección dedicada a expresiones ambientalistas de corte literario y un cuarto bloque dedicado a las propuestas institucionales de planeación estratégica y diseño frente a las cuestiones ambientales abordadas.

Sumergirse una temporada en la lectura de Hojas de Hierba de Whitman no es impune. De allí el viraje que toman estas últimas líneas, insufladas por su lectura. A todas las instituciones y personas que han permitido esta nueva aparición de ÉOLO, un abrazo cálido.

Pertenecemos a la vida. A lo Absoluto le debemos su preservación sobre la faz de la Tierra y ya contamos con suficientes evidencias del desastre que entrañan los excesos.